

Lecciones culturales

MADELEINE SAUTIÉ RODRÍGUEZ

Solo si sabemos de dónde venimos tendremos conciencia de hacia dónde vamos. Y ese aprendizaje ha de nutrir permanentemente el empeño cotidiano de defender la identidad nacional y los auténticos valores de la cultura.

Para Cuba resulta vital, no solo porque es objeto de la operación de colonización cultural que a gran escala sufre la humanidad, sino porque contra ella hay planes específicos para subvertir un proceso revolucionario que se caracterizó desde su génesis por democratizar la cultura.

Los delegados que salieron recientemente del Segundo Congreso de la Asociación Hermanos Saíz compulsados a fundar y crear en bien de la Patria, no podrán desatender nunca el llamado que les hiciera la doctora Graziella Pogolotti a no olvidar el insoslayable propósito de la Revolución al proclamar la libertad de la creación artística.

Fueron palabras de una esencia vital, que sin duda trascienden el escenario del Congreso: “A los intelectuales, entre los que ustedes se incluyen, corresponde interpretar la realidad, que es casi como llegar a transformarla”.

Y ese don de transformar entraña la responsabilidad de “releer nuestro proceso revolucionario con toda la objetividad y la transparencia colocándolo en la contemporaneidad y tratando de salvar toda la cultura, la popular, la de la comunidad, la artística literaria, la experimental y la más elaborada”.

No escapó a su análisis el desplome económico de los años 90 —tras el desmoronamiento del campo socialista y la agudización de la guerra económica de EE.UU.— y la pérdida de autoridad que comenzaron a sufrir nuestras instituciones cuya obsolescencia repercutió en el mundo de los valores.

Tampoco soslayó el resurgimiento a partir de esos años de “el bicho, el pícaro de la República, que ahora se llama luchador”, y las manifestaciones de corrupción y de indisciplina social en todos los estratos de la sociedad, cuyo enfrentamiento resulta hoy prioritario también desde el frente de cultura.

De ahí la importancia de rescatar, como dijo, la memoria barrial. Y como acción práctica para ello recomendó que las casas del Joven Creador y las de la Cultura se imbriquen junto a todas las instituciones que operan en la comunidad como el museo, la biblioteca pública y las instalaciones deportivas.

Una importante función le corresponde en todo esto al promotor cultural. “Esa palabrita, un cargo que está en la plantilla, ha ido perdiendo el perfil que le corresponde, que no es avisar por medio de un correo electrónico el suceso cultural”.

Y entregó esta cabal definición: “Promover es convertir cada hecho cultural en un acontecimiento y saber a quién se dirige, a quién puede interesar, cómo podemos despertar la curiosidad, promover la cultura con todo lo que responde a un proyecto integrador, que trascienda ese hecho cotidiano, que contribuya a construir un espectáculo y a construir un público, por lo que el promotor debe ser un conocedor de lo que está promoviendo”.

En cuanto a ese ejercicio imprescindible que es la lectura, significó que se requiere de un trabajo integral que incluye el sistema de enseñanza completo, y tocó la necesidad de revitalizar las bibliotecas escolares y públicas como centros generadores de actividades, así como de alcanzar ese diálogo coherente e integrado entre editoriales, poligrafía y librerías del que a veces se adolece.

No dejó de referirse a una de las contradicciones fundamentales contemporáneas: el neoliberalismo y los proyectos de resistencia, en los que está la clave de la salvación de este planeta. “Tenemos que lograr que nuestra propuesta sea totalizadora, que abarque la economía, lo ideológico, lo social y lo cultural. Coloquemos en primera instancia a América Latina, donde hay una audiencia no desarrollada en la que va creciendo la conciencia de nuestra unidad”.

A una pregunta de una joven espiritana sobre cómo construir el futuro sin dejarse llevar por el desaliento, la eminente intelectual propuso trabajar ininterrumpidamente para no perder el oficio. “En el trabajo surgen las ideas, hay que buscar puentes y aprender a establecer alianzas. Sembrando y haciendo es la manera de ganarle la batalla a los obstáculos burocráticos que no se corresponden con la naturaleza de esta sociedad”.

Fueron sus votos lecciones culturales —entendida la cultura como la esencia misma de lo que somos— de las que habrá que seguir aprendiendo más allá de cualquier evento.

Historia para crecer

Germán Veloz Placencia

BANES, Holguín.—Cuando la llama del motor del cohete se resumió en el estruendo de la trepada en busca del avión espía norteamericano (U-2) abatido minutos después, a Maribel Simón Hernández le dijeron que había escuchado un trueno. Fue la forma más sencilla que el 27 de octubre de 1962 encontraron los padres para no alterar la inocencia de una niña de cuatro años.

Maribel reside en La Anita, localidad donde instalaron el campamento y las baterías coheteriles antiaéreas las tropas soviéticas que asistieron solidariamente a Cuba en aquel convulso periodo. Amable, comunicativa y paciente, como corresponde a quien lleva más de 30 años en las aulas, asegura que comparte los recuerdos con sus pupilos porque la historia hace crecer.

“En la casa hicieron todo lo posible por ocultarnos la gravedad de los sucesos, pero notamos la tensión de los mayores. Un rato después del ‘trueno’ pasó un miliciano con un arma al hombro y dijo: ¡Ya empezó! Años después me percaté que hablaba de una guerra que finalmente se evitó”.

Durante los últimos siete años, Maribel ha impartido clases a alumnos de preescolar; pero antes lo hizo con los de primero a cuarto grados, en la escuela rural Fernando de Dios Buñuel, hoy con una matrícula de 26 educandos.

“Tenemos cuatro aulas y un cubículo de Computación con una máquina. Me gusta llevar a los muchachos las comparaciones entre épocas, para demostrar que hubo niños que no conocieron escuelas, ni maestros. Aquí no hay biblioteca, pero semana por semana viene una



Escena cotidiana en la Escuela de La Anita.

bibliotecaria y organiza con los alumnos lecturas de libros muy buenos”.

Conocedora de la historia del lugar, refiere que el sitio de ubicación del plantel, construido en 1969, fue parte del campamento levantado por los militares soviéticos antes de trasladarse al área desde la cual dispararon el misil.

La maestra Mirtha Ramírez Pérez apenas lleva dos cursos en La Anita, pero conoce todo lo relacionado con el hecho de marras. Dice que utiliza las clases de la asignatura El Mundo en que Vivimos

para mostrar la naturaleza tal y como es. Entonces aprovecha el entusiasmo del grupo, lo lleva al monumento que recuerda el acontecimiento bélico y lo introduce en la historia.

Un rato después del intercambio con las dulces maestras y sus actuales alumnos, la suerte propició el encuentro con once muchachos con uniforme de secundaria básica, quienes retornaban a La Anita desde el centro mixto Juan Pedro Carbó, ubicado en el cercano poblado de Los Ángeles.



El monumento, dañado por el huracán Sandy un año atrás, espera por acciones de restablecimiento, entre ellas, recuperar el cohete que los vientos derribaron. FOTOS DEL AUTOR

Todos hablaron con cariño sobre los maestros de la escuela primaria donde estudiaron cursos atrás. La más elocuente resultó Iraima López Cansino, quien además de confirmar la realización de acampadas en las cercanías del monumento, ofreció detalles del cohete soviético y del avión yanqui derribado; y aseguró que cada mes de octubre permanece en guardia para que en el centro mixto no dejen de incluir en las efemérides importantes lo ocurrido 51 años atrás en el barrio donde vive.